

Jim Beauregard, neuropsicólogo clínico especializado en neuropsicología geriátrica, desde su experiencia clínica en geropsiquiatría y como docente de posgrado en las áreas de Bases biológicas del comportamiento, la ética, el envejecimiento y la neurociencia educativa, nos ofrece esta interesante obra, que profundiza audazmente en el campo de la neuroética.

¿Es necesario establecer un marco ético en el ámbito de los vertiginosos avances que se constatan en el campo de las neurociencias? ¿Qué desafíos éticos plantean las nuevas posibilidades de intervención sobre el cerebro humano, su funcionamiento y la alteración de sus capacidades? ¿Puede la investigación biomédica intervenir sin límites en las funciones cognitivas del cerebro humano, en el comienzo o el final de la vida, en los estados vegetativos o de mínima consciencia? ¿Qué relación debería establecerse entre cerebro, mente e identidad personal? ¿Cómo afectarían las intervenciones sobre el cerebro humano a la dignidad personal?

Estas y otras cuestiones configuran el marco en el que se desarrolla la “ética de las neurociencias”, como una de las facetas de la neuroética, esto es, la necesidad de dotar de contenido ético a las nuevas posibilidades de intervención sobre el cerebro humano. Pero hay más. También es objeto de estudio en el campo de la neuroética lo que ha venido en denominarse la “neurociencia de la ética”, esto es, la posibilidad de explicar el comportamiento ético desde las evidencias neurocientíficas. ¿Sería posible, por tanto, desentrañar los mecanismos neurofisiológicos que subyacen a los posicionamientos éticos, y que podrían explicarlos enteramente, como una suerte de determinismo biológico de la conducta moral?

Estas y otras cuestiones pueden encontrar respuesta en la obra que presentamos. Beauregard, sin duda motivado por su experiencia clínica y su formación humanística, constata la necesidad de dotar de una fundamentación filosófica al desarrollo y aplicación de las neurociencias. El autor propone la construcción de un sólido fundamento ético que permita abrazar el avance científico, el conocimiento del funcionamiento de nuestro cerebro y la aplicación de las nuevas posibilidades de intervención,

que, sin duda, ofrece prometedoras posibilidades en el tratamiento y prevención de patologías, sin asumir riesgos que pudieran derivar en agresiones contra la dignidad humana, su identidad y su libertad.

Para ello, emprende un meticuloso recorrido a través de la metafísica, la epistemología, la antropología filosófica y la ética, que, desde la deontología al consecuencialismo y el utilitarismo, ofrece una aproximación a la necesidad de una fundamentación filosófico-antropológica en neuroética.

Tras este complejo viaje, Beauregard propone al lector el horizonte del personalismo, y su variante personalismo ontológico moderno, propuesto por su mentor Juan Manuel Burgos, como el mejor entorno filosófico para la argumentación ética que el desarrollo de las neurociencias requiere.

Es, según su propuesta, la concepción y estructura de la persona que formula el personalismo, el marco que garantiza el respeto a su dignidad, y que establecería los límites que las neurociencias deberían imponerse para no lesionarla.

Por otra parte, la consideración que desde el personalismo se propone, de la naturaleza trascendente del ser personal, dotado de una dimensión espiritual, emerge con fuerza contra los que, desde el reduccionismo biologicista, pretenden explicar el comportamiento ético desde presupuestos exclusivamente biológicos.

La dignidad y libertad humanas, su necesidad de plenitud y sentido existencial, su proyección hacia la relación con los otros, justifican esta necesaria consideración de la realidad personal como una estructura tridimensional, en la que lo biológico, lo psíquico y lo espiritual configuran una unidad compleja de dinamismos interconectados que nos hace ser quienes somos.

Por último, el autor también dirige su argumentación hacia el contexto social de las neurociencias, que incluiría sus posibles aplicaciones en los campos de la política, el derecho, la seguridad, los medios de comunicación, la economía o incluso la religión, que plantean la necesidad urgente de una argumentación ética bien fundamentada, que promueva el respeto a la dignidad humana y la proteja de las tentaciones manipuladoras que sobre ella proyectan, en algunos casos, los nuevos avances neurocientíficos.

Julio Tudela